

nente del carácter divulgador y no puramente especulativo de sus enseñanzas. Aunque una lectura superficial de la obra tiene el peligro de no dejar traslucir la riqueza que contiene. Finalmente, el *Tratado del carácter*, como síntesis entre distintas disciplinas relacionadas con la psicología, merece una consideración aparte. En una carta dirigida al padre de Lubac encontramos la clave de interpretación del texto: "Quisiera definir en el plano psicológico el rostro del hombre que se esfuerza por vivir en lo eterno" (Carta de Mounier al padre de Lubac, diciembre de 1941, OC, IV). Una caracterología personalista "excluye la costumbre común de fijar los rasgos del carácter en una especie de intemporalidad objetiva e indiferente" (OC, II).

En definitiva, Mounier erige sus enseñanzas sobre una antropología personalista. Se trata de una síntesis de la Revelación cristiana y de una tradición de humanismo

a la cual él mismo se vincula. Sócrates es el padre; San Agustín, Pascal y Kierkegaard la enriquecen con su aportación; Scheler, Buber y Marcel vivifican el legado. De todos modos, y aunque resulte paradójico, Mounier no escribe un tratado sistemático de antropología. Hay que destilar la concepción personalista del hombre a partir de la lectura de sus libros más representativos, en el nivel de la geología más que en el de la geografía, parafraseando a Péguy. En el conjunto de una obra prolífica, el poco espacio destinado a desarrollar un tema tan importante como éste se explica por los imperativos de una tarea eminentemente práctica, la de Mounier, que prioriza la respuesta a los problemas de la actualidad política y cultural sobre la reflexión puramente especulativa. A pesar de permanecer implícita, esta antropología aporta sentido y configura la praxis, constituyendo el referente axiológico del proyecto de civilización personalista y comunitaria. □

Bibliografía citada:

- Borne, E. *Mounier*. París: Seghers, 1972.
- Domenach, JM. *Mounier según Mounier*. Barcelona: Laia, 1973.
- Duméry, H. "En homenaje a Mounier". En: Díaz, C. E. *Mounier (I)*. Madrid: I.E.M., 1991. *Esprit*. 1950, núm. 174.
- Lacroix, J. *Marxismo, Existencialismo y Personalismo*. Barcelona: Fontanella, 1962. *Panorama de la philosophie française contemporaine*. París: PUF, 1968. *Le personnalisme comme anti-idéologie*. París: PUF, 1972.
- Maritain-Mounier (1929-1939). París: Desclée de Brouwer, 1973.
- Mounier, E. *Obras Completas* (vol. I). Salamanca: Sígueme, 1992. *Obras Completas* (vol. II). Salamanca: Sígueme, 1993. *Obras Completas* (vol. III). Salamanca: Sígueme, 1990. *Obras Completas* (vol. IV). Salamanca: Sígueme, 1988.
- Ricoeur, P. *Historia y verdad*. Madrid: Encuentro, 1990.
- Winock, M. *Histoire politique de la revue Esprit*. París: Seuil, 1975.

Mounier: de todos no, de nadie

TONI COMÍN

LICENCIADO EN C. POLÍTICAS Y FILOSOFÍA

En mayo de 1975 *El Ciervo* sacaba un número titulado: "Mounier, 25 años después". En un espléndido artículo, decía Carlos Santamaría: "Hoy Mounier está pasado de moda. Este hecho lo confiesan incluso los que fueron sus primeros compañeros de lucha intelectual. (...) Gran parte de su fraseología está ahora por completo fuera de uso. (...) Si la obra intelectual de Mounier no ha perdurado es porque no respondía a una voluntad de perduración, sino a las exigencias de la acción combativa, en un momento de convulsión (...) un pensamiento así tiene la ventaja de su vitalidad, pero tiene también el inconveniente de su fugacidad. Está condenado de antemano a ser un pensamiento efímero (...) Su pensamiento no podía ser perdurable sino en lo esencial. Lo esencial es el espíritu, el talante, la esperanza y la fe de un cristiano que intenta debatirse a toda costa con la historia real."

¿Repetiríamos ahora estas palabras? Por un lado, son absolutamente ciertas; por el otro, hoy se puede estar en completo desacuerdo con ellas. Para empezar porque, a los veinticinco años, la vigencia de un autor se mide según la letra; pero a los cincuenta, lo que importa es el espíritu. Pero, además de esto, este fin de siglo vuelve a parecerse lo bastante al "mundo de la gran crisis" en el que vivió Mounier como para que su vigencia esté nuevamente en la letra y no sólo en el espíritu. Se trata, simplemente, de leer sus textos y a continuación levantar la cabeza

para contemplar el mundo: Mounier puede seguir siendo, afortunadamente, una lúcida y honesta fuente de inspiración.

Sin embargo, la principal paradoja en este asunto es que la prueba de su vigencia no está allí donde, a primera vista, parecería que está. La obra de Mounier, con tono profético, vino a esbozar una filosofía política concreta, aquello que él llamó personalismo. Pues bien: hoy en el mundo de la política europea muchos se reclaman de hijos de este personalismo, y en la vida política de Cataluña más todavía, por no decir todos. Sin embargo, el pensamiento de Mounier los niega a todos, y es ahí precisamente donde radica su vigencia. Puede, ciertamente, que esta obra haya inspirado el pensamiento de unos y otros, socialdemócratas y también democristianos, comunistas y hasta centristas. Sin embargo, aquello que sea el personalismo va más allá, bastante más allá, de todos ellos. Y es este ir más allá —y sólo esto— lo que le confiere su validez actual. Mounier no es, no puede ser, de los democristianos, pero en realidad tampoco es propiamente de los socialdemócratas. Como tampoco es de los comunistas, y menos aún de ningún tipo de centro. Pero tampoco se trata de dejar a Mounier en el limbo, porque el suyo fue un pensamiento encarnado, que buscaba la traducción política, concreta, de su acción intelectual y profética. Por esto, sin ser de nadie, bien es verdad que está más cerca de unos que de otros. ¿De quién? De quienes estén más cerca de los pobres, trabajando para su liberación.



PERSONA Y COMUNIDAD

Efectivamente, el personalismo era una filosofía de la liberación, que tuvo como sello de originalidad la reivindicación de que la liberación material iba indisolublemente unida a la liberación espiritual y viceversa. Éste sería el resumen clásico, casi académico, del pensamiento mounieriano: una liberación material (social, económica) que no se fundamente en una liberación espiritual es ingenua, imposible, y se acabe negando a sí misma; la liberación espiritual, si es verdadera, si no quiere una cínica evasión, se materializa necesariamente en una liberación social y económica. Porque para Mounier la persona es espíritu que se expresa a través de la materia. Más precisamente, para él la persona es el resultado de tres síntesis: la síntesis entre materia y espíritu; la síntesis (en el espíritu) entre la vocación ya dada (la esencia) y la apertura total (la libertad); y, como consecuencia de las anteriores, la síntesis entre lo colectivo y lo individual, que al sintetizarse quedan transformados en “lo personal” y “lo comunitario”.

El problema estriba en que estas síntesis no están dadas, hay que “construirlas”. Y su tarea consistió en denunciar cómo las ideologías de su tiempo, el de entreguerras, las estaban impidiendo. El siglo XX, decía, estaba escindiendo al hombre entre el individualismo liberal, que todo lo fundamenta en el cálculo y el impulso egoísta, y el colectivismo marxista, que somete al hombre a la masa y lo aliena en la táctica. Sin referencia a la dimensión comunitaria –social– no hay posibilidad de personalización y el ser humano queda degradado a “individuo”. Pero, al mismo tiempo, si no sirve a su proceso original de personalización de cada uno de sus miembros, la comunidad queda degradada en colectivismo totalitario. Por esto, el propio Mounier señalaba que hablar de “personalismo comunitario” era en verdad una redundancia.

Su obra y su vida fueron un esfuerzo permanente para lograr esta reconciliación entre lo colectivo y lo individual. Pero, puesto que la escisión filosófica entre materialismo y espiritualismo se había trasladado al plano de las fuerzas sociales y políticas y se reflejaba en la lucha entre capitalismo y comunismo, entre economía y moral, él buscó la reconciliación en el campo de batalla real. Así, reencarnar el espiritualismo en el materialismo quería decir, para él, fecundar el cristianismo (liberal) con el marxismo. “Para él estas parejas antitéticas parecían no tener más verdad que aquello que negaban”, según Domenach. Si el totalitarismo de un espíritu sin materia fue el drama extremo de la derecha, el totalitarismo de una materia sin espíritu acabó siendo el drama extremo de la izquierda. Nazismo y estalinismo. Si había que reconciliar la democracia cristiana con el socialismo, tal y como quería Mounier, era para evitar que

ninguno de los dos resbalase hasta su extremo totalitario; porque la escisión siempre conduce al totalitarismo. Por esto diría, ya en la posguerra, que la misión del personalismo era “mostrar a cristianos y comunistas la perspectiva total de una situación de la cual cada uno veía sólo un aspecto”.

MÁS ALLÁ DEL ‘WELFARE STATE’

En esta perspectiva, es más fácil entender cómo se ha podido producir el “error” de que las principales familias políticas del continente se reclamen todas ellas hijas espirituales de Mounier. Y puede, también, verse la parte de verdad que pueda haber en este error. Una democracia cristiana capitalista –o “cristianismo liberal”, como le gustaba llamarla a Mounier– que se ha ido volviendo social y una socialdemocracia de origen marxista que se ha ido volviendo liberal han encontrado en el personalismo su punto de encuentro. En este sentido, unos y otros se reclaman de él en tanto que todos han ido a parar a un mismo punto central social-liberal. Los democristianos aprendieron en los textos de Mounier que una política que pretendía fundamentarse en una experiencia espiritual cristiana implicaba, si no quería ser pura hipocresía, una reforma social en favor de la igualdad material. No hay libertad sin igualdad, y por esto el grito de guerra del primer *Esprit* era “hay que

los partidos socialdemócratas de posguerra. Que el objetivo de la integración fuera la paz quería decir que había que evitar que el fascismo volviera a apoderarse del continente, y la unidad entre los Estados no era más que el instrumento para alcanzar este objetivo. Y por Mounier sabemos que la única posibilidad de combatir el fascismo era la alianza entre cristianismo (liberal) y marxismo. Por esto, podemos reclamar para él buena parte de la paternidad espiritual de la unificación de Europa, en lo que de mejor tiene este proceso.

En este sentido, hasta el mismísimo Estado del Bienestar, la criatura nacida del pacto social-liberal, podría encontrar, en cierto modo, en el personalismo la filosofía política que lo sustenta. Sin embargo, el personalismo no era una mera “síntesis” entre el marxismo y el liberalismo. Esto sería el keynesianismo en todo caso, pero de ninguna manera el proyecto de Mounier era éste. Porque el Estado del Bienestar se queda con lo peor de ambos, haciendo un juego de contrapesos entre fuerzas negativas opuestas (mercado y Estado) en el que el uno neutraliza los excesos deshumanizadores del otro. Se queda, por un lado, con el egoísmo individualista y con la moral del afán de lucro que mueve el mercado capitalista y, por el otro, con la masa y con el aparato anónimo y burocrático, un Estado que, en vez de estar fundado en “la fuerza viva de la generosidad y de la gratuidad”, acaba preso de un espíritu de reivindicación pequeño-burgués.

Por esto, cuando la clase media ha ascendido en Europa occidental gracias a las propias estructuras de solidaridad del Estado del Bienestar, se ha apuntado al “malestar fiscal” y hasta a la crítica neoliberal del Estado. En este sentido, lo que ya no es en absoluto lícito es que experimentos ideológicos como la Tercera Vía de Blair hayan tenido también la tentación de reclamarse hijos de Mounier y de su personalismo comunitario, si lo que tratan en realidad es de alcanzar un punto medio entre el neoliberalismo y la socialdemocracia. No. La utopía profética de Mounier no era un “consumismo” (factor liberal) “de masas” (factor socialista); él abominaba de la “universalización del capitalismo”, de “la democratización del espíritu burgués”.

NO LA IDEOLOGÍA, SINO LA CRUZ

Para Mounier, la reconciliación entre espíritu y materia no podía ser una fácil síntesis humanista, a nivel filosófico, o un centrismo blando, a nivel político; de nada abominó tanto a lo largo de su vida. “Buena parte de su energía se empleó en rechazar esta posición neutra y ecléctica con la cual algunos confundían gustosamente su filosofía y que es la caricatura más parecida y más peligrosa de ésta; de ahí su ira contra todas

No es lícito
que un experimento ideológico
como la Tercera Vía de Blair
se reclame hijo de Mounier

liberar la libertad de los liberales”. Los socialdemócratas aprendieron en él que una reforma social que se fundamentase en la violencia burocrática del Estado acababa anulando a la persona que quería salvar, porque no hay igualdad sin libertad –pero de aquí pasaron a la premisa liberal de que el único freno a los abusos que comete el Estado contra la libertad de la sociedad civil es el mercado–.

En este sentido, es absolutamente lícito que un socialista cristiano como Delors se reclame discípulo espiritual de Mounier y bautice al movimiento político fundado por él con el nombre de *témoin*, “testimonio”, la palabra clave del pensamiento mounieriano. Y tampoco es casualidad que el lugar político de este mounieriano de pro haya sido el de la construcción europea. La integración europea normalmente es vista más como un pacto entre Estados que como un pacto entre familias ideológicas, pero en realidad es el fruto de un gran pacto político entre los partidos demócratacristianos y

las posiciones centrales beatíficas". Él hizo una crítica constante a los unos y a los otros, a liberalismo y marxismo, para reconciliarlos en sus extremos; poniendo patas arriba a cada sistema para hacer ver su reverso, que era el sistema antagónico y que presentaba los límites a la vez que los méritos de todos estos humanismos insuficientes.

La idea central del personalismo es que la síntesis sólo se alcanza al precio del sufrimiento, esto es, al precio de la cruz, que es lo que quiere decir la aceptación del sacrificio propio. Efectivamente, la línea vertical (espíritu) y la línea horizontal (materia) sólo se encuentran si forman una cruz. Ésta es, a nuestro entender, la grandeza del pensamiento mounieriano: su dimensión trágica —la huella del origen cristiano de su obra—, puesto que ella le permite ser esperanzado sin dejar de ser lúcido. "El camino propio del hombre es ese optimismo trágico" escribió. Sólo el amor es capaz de reconciliar la escisión, es decir, sólo él puede fundar el proceso de personalización. Esta dimensión trágica es la que permite al personalismo enfrentarse a los retos de su tiempo histórico y de su realidad política de un modo "no ideológico", y ahí radica su vigencia. ¿Qué quiere decir "no ideológico"? Quiere decir enfrentarse de una manera no misticadora con el problema del mal. Una civilización, creía él, entra en crisis cuando sus creencias están faltas de esta respuesta.

Las filosofías optimistas toman dos actitudes ante el mal: o lo ignoran, como el optimismo liberal, o lo ven pero creen que puede ser combatido y vencido con la sola voluntad humana, como el optimismo marxista. Las filosofías nihilistas o pesimistas que están en la base del fascismo se dan cuenta del mal, pero lo consideran insuperable y se abandonan a él y hasta lo celebran, convirtiendo la destrucción en su objetivo. Las tres ideologías que en aquel momento histórico "se disputan las almas de los hombres" quieren dar una respuesta cerrada —ideológica— a una cuestión, el problema del mal, que no la admite. Lejos de la ceguera liberal y de la desesperación fascista, el personalismo no puede sino estar en radical oposición a la civilización capitalista por ellas representada. Está mucho más cerca del marxismo, pero tampoco puede coincidir con él plenamente. La diferencia fundamental entre ambos —que coinciden en la necesidad de luchar contra el mal, contra el egoísmo individual y estructural— se refiere a los medios de este combate. Para el marxismo, los medios humanos —la revolución económica, la estrategia y la acción, la lucha política— bastan para vencer el mal. Pero en un mundo asediado por el mal, la sola voluntad humana no puede liberar a las criaturas de su limitación, porque también ella es limitada.

Sólo el amor y la cruz que éste conlleva, dirá Mounier, es capaz de traer la justicia. Si el amor fuera limitado y basta, como la



Mounier visto por Joan Gomis

voluntad, tampoco tendría ningún sentido responder al mal con el amor, porque sólo lo ilimitado puede salvar a lo limitado de su limitación. Pero el amor, al asumir su limitación, se vuelve sacramental, cosa que no le sucede a la voluntad. Ésta sólo es eficaz cuando su fuerza es suficiente. El amor, en cambio, tiene su dialéctica particular: es eficaz aun cuando se sabe insuficiente, porque puede remitirse a una fuerza mayor que las fuerzas humanas. Para el cristiano Mounier, la manera que tuvo Dios de vencer el mal fue morir por amor en la cruz. La cruz es, pues, la prueba de la omnipotencia de Dios —puesto que la omnipotencia de Dios radica en su amor, y la cruz fue la máxima expresión de este amor—. Así, de la misma manera que Dios venció al mal a través de un fracaso, el amor es eficaz en tanto que asume su insuficiencia sin renunciar a su propósito. Dice Mounier: "En el límite, el místico dirá: a la plenitud del todo por la prueba de la nada. (...) Hay una aventura más dura que arrojar al Absurdo: el salto, infinito, de la Nada al Ser."

Así, a diferencia de las ideologías que intentan responder al mal de manera misticadora —ignorándolo, los liberales; rindiéndose a él, los fascistas; o luchando contra él con la fuerza de la voluntad, los marxistas—, el personalismo apela a la fuerza de la debilidad: el amor. Pero esto no es dar una respuesta, sino hacer una apuesta, porque el amor es una energía que no se demuestra. Por esto, el personalismo no es ideológico, sino profético, porque el amor no es una estructura sino una tensión espiritual, y por esto el mal no lo depasa. Pero, por esto mismo, su precio es el sufrimiento, el abismo de la cruz. Mounier llegará a escribir: "Aceptar el sufrimiento y la muerte para no traicionar la condición humana —del sacrificio al heroísmo— es (...) el acto supremo de la persona. Ella empieza, como escribe Marcel, en el momento en que tomo conciencia de que "soy más que mi vida".

Tal es su paradoja: no se encuentra (en el plano personal) sino perdiéndose (en el plano biológico)."

CONTRA EL CAPITALISMO

En esta dimensión trágica se esconde, a nuestro parecer, la vigencia actual del pensamiento de Mounier. Gracias a ella, podemos seguir aspirando a la utopía histórica, en tanto que esta utopía tiene como punto de referencia central "la cruz" como el único lugar posible desde el cual alcanzar la liberación —social y personal—. Y esto aleja el personalismo considerablemente de todas las familias políticas de hoy, en tanto que la "utopía histórica" de Mounier fue siempre netamente anticapitalista. Y hoy en día ¿quién es anticapitalista? En este punto, Mounier nunca fue ambiguo ni se llevó a engaño. Quizás no fuera concreto, pero sí fue claro. Él no era un técnico, sino un profeta. Ciertamente, no sabemos que diría del actual capitalismo social del Estado del Bienestar desarrollado, que él no conoció. Pero éste, reconozcámoslo, sigue fundado esencialmente en la misma estructura jurídica que el capitalismo que sí conoció —la división entre capital y trabajo— y es contra esta escisión y todo lo que ella representa contra lo que él clamó. El personalismo no era ciertamente una ideología política, pero tenía como horizonte una revolución eco-

Criticó a liberalismo y marxismo para reconciliarlos en sus extremos y poner patas arriba a cada sistema

nómica y espiritual que condujera a un socialismo democrático que, a diferencia de la socialdemocracia, trascendiera efectivamente el marco de las estructuras capitalistas.

De hecho, Mounier hizo una detallada crítica del capitalismo en todas sus facetas: criticó la perversión que sufre en el capitalismo la idea de propiedad, que en vez de promover la expansión del ser lo suplanta; criticó la degradación a la que somete el trabajo, reduciéndolo a su dimensión de esfuerzo, de supervivencia, y negándole su otra cara, de alegría, de realización. Sobre todo, acusó al capitalismo de haber subvertido el orden natural que pone a la persona en el centro y de haber subordinado la producción a las exigencias del capital, el consumo a la producción y las necesidades humanas al consumo, cuando en realidad el orden normal debería ser el inverso. La reconstrucción del sistema económico, dirá, tiene que empezar por una ética de las necesidades. Además, decía que había que

cambiar la primacía del capital sobre el trabajo porque el trabajo es la única fuente de valor económico. El dinero no es nunca responsable, es anónimo y sólo conoce la dinámica de la acumulación; sólo el trabajo es fuente de responsabilidad. Lo que echó en cara Mounier al capitalismo fue la “fecundidad artificial” del dinero, que crece gracias a su parasitismo sobre el trabajo, gracias a la usura en el préstamo, gracias a la especulación.

En sus momentos más duros, Mounier describiría el capitalismo como una “violencia invisible”, una inhumanidad odiosa que se disimula bajo el silencio y el anonimato, convirtiendo al dinero en el valor central. “El mundo del dinero –llegó a escribir– es la mayor conspiración que nunca haya conocido el mundo contra la Gracia de Dios”. Por culpa de la moral del dinero, dirá, los hombres se ven condenados a una misma degradación espiritual: la pasión del provecho, acumular dinero; o la envidia del provecho, ver cómo se les niega el dinero. Todos los espíritus se envilecen: unos por avaricia, otros por resentimiento. El capitalismo está estructuralmente dirigido contra la generosidad y, por tanto, impide la personalización. Mounier clama: “El capitalismo, en el siglo XX, va contra la historia”.

La doble tiranía de la miseria y de la riqueza impide la libertad necesaria para la contemplación desinteresada del universo y de la vida. El dinero ha matado la espontaneidad y el amor, y los ha sustituido por el cálculo. El poder real, el de personalización, ha sido sustituido por el poder ficticio del dinero, un simulacro que se ha convertido en “el dueño de un mundo sin alma”. El capitalismo convierte los intercambios humanos, acaba Mounier, no en un espacio de comunicación, sino en un sistema de equivalencias. Pero la fuerza que funda la persona es “la fuerza del don, del dar, y no de la compensación o cálculo”. La persona es gratuidad, “don sin medida y sin esperanza de devolución.”

MARXISMO Y POSMODERNIDAD

En plena globalización, el pensamiento de Mounier se niega a cualquier tipo de transacción complaciente con el capitalismo. Nos pone, por lo tanto, ante un reto casi imposible. Sin embargo, ofrece él mismo la manera de afrontar la transformación histórica sin caer en los espejismos y los consiguientes fracasos inherentes a las utopías de la modernidad, y en especial del marxismo. Porque el anticapitalismo de Mounier no es ideológico, y esto es lo que lo hace válido después de la caída del muro de Berlín y de la crisis más o menos definitiva de la modernidad.

No nos confundamos: el personalismo estuvo más cerca del marxismo que de

nadie. “Es mejor arriesgarse a ser confundido con el marxismo que ser ajenos a los explotados”, diría. Pero también: “el personalismo, que debe una parte de su salud a las aguas marxistas, sin embargo no ha recibido de ellas el bautismo”. El error trágico del marxismo y de los que viven en la miseria, escribió, es que, olvidando la misión espiritual de la revolución, la han pervertido ya antes de realizarla. “El materialismo marxista –escribió– es una reacción contra el materialismo burgués. Pero un materialismo no puede negar otro.” Con esto, los socialistas y comunistas acaban otorgando involuntariamente un sello de legitimidad a su enemigo capitalista. “El comunismo –sentencia con brillantez– es el portador ciego de una redención que él mismo niega”. Por esto

Como la de Simone Weil, su vida inspira tanto porque permite entender la relación entre la mística y la política

dirá: “los personalistas miramos hacia la misma dirección que los comunistas, pero miramos más lejos.”

En plena posmodernidad y en pleno triunfo fáctico –que no teórico– del capitalismo global, el personalismo ofrece una perspectiva filosófica de un valor inapreciable para la reconstrucción teórica de las filosofías de la liberación, de la esperanza histórica y la utopía social. Porque su fundamento místico lo hace profundamente antiideológico. En este sentido, el personalismo es una de las pocas bases teóricas –por no decir la única– desde la que afrontar la reconstrucción del socialismo en el siglo XXI. Sobre esta cuestión dejó escrito páginas como ésta, del año 50: “No se sustituirá el capitalismo por un régimen construido en todas sus piezas. La economía tiene más continuidad. En pleno cuerpo capitalista aparecen los primeros esbozos de un mundo socialista, si entendemos por socialismo (...) la socialización sin estatización de los sectores de la producción que mantienen la alienación de la persona, (...) la abolición de las clases fundadas sobre la división del trabajo o de la fortuna (...). La necesidad de un socialismo renovado, a la vez riguroso y democrático, es cada vez más apremiante. Esta es la investigación que se pide a Europa y hacia la cual dirige el personalismo su camino político actual. El futuro le dirá si tiene que seguir otros, según la lección de los tiempos.”

De la misma manera que el marxismo fue el socialismo propio de la modernidad, el personalismo nos da pistas de lo que debe el fundamento filosófico del socialismo una vez la modernidad se da por aca-

bada. No olvidemos que el propio Mounier empezó su aventura con la proclama de superar la modernidad, “rehacer el Renacimiento”, tal y como decía él, que no era otra cosa que superar la escisión filosófica (cartesiana) entre el espíritu y la materia, y la lucha política a muerte entre comunismo y capitalismo. En este sentido, también podríamos decir que Mounier fue el primer “pos-moderno”, si el “fin de la modernidad” significa que la esperanza histórica fundada no está basada sólo en la razón ni en ningún tipo de necesidad científica, sino en una apuesta mística –es decir, arriesgada– por el hombre; si significa sustitución del optimismo ilustrado por el optimismo trágico; si significa la sustitución de la utopía racionalista, que deriva en el totalitarismo, por una utopía frágil, que se sabe provisional y precaria, pero que no traiciona sus ideales. Si “fin de la modernidad” quiere decir relativismo, pesimismo y escepticismos que sólo convencen a los ganadores de la lotería arbitraria del mundo actual, que deberíamos volver a llamar “desorden establecido”, tal y como bautizó Mounier al capitalismo de los años treinta.

El fin de la razón moderna, vista desde la perspectiva personalista, no nos deja vacíos de valores, sino que los descubre en la fuerza del testimonio. Ésta era la palabra que utilizaba Mounier para definir la encarnación de este amor crucificado en la lucha histórica y social, concepto que resume lo que él llamó “la técnica de los medios espirituales”. Su eficacia es invisible pero infinita porque, tal y como lo entiende el personalismo, el testimonio es el punto en el cual se reúnen la mística y la política, por igual alejado de la *real-politik* y del tacticismo del político que de los utopismos evasivos y sentimentales y del idealismo de los filósofos; el testimonio surge “de la vinculación entre el deseo de eficacia y el sentido de absoluto”, intenta “acabar con el divorcio mortal entre idealismo y realismo”. Sólo el testimonio funda una revolución (económica y moral).

La utopía social personalista está fundada en lo espiritual, en lo profético, como por ejemplo la de Simone Weil –un pensamiento gemelo al suyo, aun siendo tan distinto en el estilo, y desarrollado en las prácticamente mismas circunstancias históricas y políticas–. Por esto, hoy, ambas obras y ambas vidas inspiran e interesan tanto, porque nos permiten entender la relación correcta entre la mística y la política, entre el hombre profético y el hombre de acción. Por esto, posiblemente, la más ilustre heredera del personalismo en nuestro mundo actual ha sido la “Teología de la Liberación”, cuyos mártires convirtieron su fe en el Reino, a través de su martirio, en semilla de transformación social y de justicia. □